



# La Santa Sede

---

JUAN PABLO II

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 9 de abril de 1997*

### **La Virgen María cooperadora en la obra de la Redención**

1. A lo largo de los siglos la Iglesia ha reflexionado en la cooperación de María en la obra de la salvación, profundizando el análisis de su asociación al sacrificio redentor de Cristo. Ya san Agustín atribuye a la Virgen la calificación de «colaboradora» en la Redención (cf. *De Sancta Virginitate*, 6; PL 40, 399), título que subraya la acción conjunta y subordinada de María a Cristo redentor.

La reflexión se ha desarrollado en este sentido, sobre todo desde el siglo XV. Algunos temían que se quisiera poner a María al mismo nivel de Cristo. En realidad, la enseñanza de la Iglesia destaca con claridad la diferencia entre la Madre y el Hijo en la obra de la salvación, ilustrando la subordinación de la Virgen, en cuanto cooperadora, al único Redentor.

Por lo demás, el apóstol Pablo, cuando afirma: «Somos colaboradores de Dios» (*1 Co 3, 9*), sostiene la efectiva posibilidad que tiene el hombre de colaborar con Dios. La cooperación de los creyentes, que excluye obviamente toda igualdad con él, se expresa en el anuncio del Evangelio y en su aportación personal para que se arraigue en el corazón de los seres humanos.

2. El término «cooperadora» aplicado a María cobra, sin embargo, un significado específico. La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a difundir mediante la oración y el sacrificio. Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. Solamente ella fue asociada de ese modo al sacrificio redentor, que mereció la salvación de todos los hombres. En unión con Cristo y

subordinada a él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad.

El particular papel de cooperadora que desempeñó la Virgen tiene como fundamento su maternidad divina. Engendrando a Aquel que estaba destinado a realizar la redención del hombre, alimentándolo, presentándolo en el templo y sufriendo con él, mientras moría en la cruz, «cooperó de manera totalmente singular en la obra del Salvador» (*Lumen gentium*, 61). Aunque la llamada de Dios a cooperar en la obra de la salvación se dirige a todo ser humano, la participación de la Madre del Salvador en la redención de la humanidad representa un hecho único e irrepetible.

A pesar de la singularidad de esa condición, María es también destinataria de la salvación. Es la primera redimida, rescatada por Cristo «del modo más sublime» en su concepción inmaculada (cf. bula *Ineffabilis Deus*, de Pío IX: *Acta* 1, 605), y llena de la gracia del Espíritu Santo.

3. Esta afirmación nos lleva ahora a preguntarnos: ¿cuál es el significado de esa singular cooperación de María en el plan de la salvación? Hay que buscarlo en una intención particular de Dios con respecto a la Madre del Redentor, a quien Jesús llama con el título de «mujer» en dos ocasiones solemnes, a saber, en Caná y al pie de la cruz (cf. *Jn* 2, 4; 19, 26). María está asociada a la obra salvífica en cuanto mujer. El Señor, que creó al hombre «varón y mujer» (cf. *Gn* 1, 27), también en la Redención quiso poner al lado del nuevo Adán a la nueva Eva. La pareja de los primeros padres emprendió el camino del pecado; una nueva pareja, el Hijo de Dios con la colaboración de su Madre, devolvería al género humano su dignidad originaria.

María, nueva Eva, se convierte así en icono perfecto de la Iglesia. En el designio divino, representa al pie de la cruz a la humanidad redimida que, necesitada de salvación, puede dar una contribución al desarrollo de la obra salvífica.

4. El Concilio tiene muy presente esta doctrina y la hace suya, subrayando la contribución de la Virgen santísima no sólo al nacimiento del Redentor, sino también a la vida de su Cuerpo místico a lo largo de los siglos y hasta el *eschaton*: en la Iglesia, María «colaboró» y «colabora» (cf. *Lumen gentium*, 53 y 63) en la obra de la salvación. Refiriéndose al misterio de la Anunciación, el Concilio declara que la Virgen de Nazaret, «abrazando la voluntad salvadora de Dios (...), se entregó totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Con él y en dependencia de él, se puso, por la gracia de Dios todopoderoso, al servicio del misterio de la Redención» (*ib.*, 56).

Además, el Vaticano II no sólo presenta a María como la «madre del Redentor», sino también como «compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas», que colabora «de manera totalmente singular a la obra del Salvador con su obediencia, fe, esperanza y ardiente amor». Recuerda, asimismo, que el fruto sublime de esa colaboración es la maternidad universal: «Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia» (*Lumen gentium*, 61). Por tanto,

podemos dirigirnos con confianza a la Virgen santísima, implorando su ayuda, conscientes de la misión singular que Dios le confió: colaboradora de la redención, misión que cumplió durante toda su vida y, de modo particular, al pie de la cruz.

---

## Saludos

En el gozo propio de este tiempo pascual, saludo con afecto a todos los peregrinos de lengua española, en particular al movimiento «Regnum Christi», al colegio Teresiano de Tortosa y a los demás grupos de España, México y Chile. Que el ejemplo de fe obediente, esperanza viva y caridad ardiente de la Virgen María nos ayude a colaborar, mediante un auténtico testimonio de vida cristiana, en la obra redentora de Cristo, único Salvador. Con este deseo, os imparto de corazón la bendición apostólica.

*(A los fieles procedentes de Croacia)*

Con la ayuda de Dios, el próximo sábado realizaré una visita pastoral a Sarajevo. Es una de las etapas de mi peregrinación a las Iglesias locales en el marco de la preparación para el gran jubileo del año 2000. Como Sucesor de Pedro, voy para confirmar en la fe a nuestros hermanos y hermanas de esa ciudad, en cierto sentido, convertida en un triste símbolo de las tragedias que han afectado a Europa en el siglo XX. Este viaje apostólico se convierte también en un viaje de paz en el que se testimonia la solidaridad de la Iglesia con los hombres y los pueblos que sufren.

*(En italiano)*

En la catequesis de hoy hemos reflexionado en la singular cooperación de María santísima en la obra de la Redención. Queridos *jóvenes*, poned vuestras energías al servicio del Evangelio: que vuestra vida sea un «sí» a Dios y a su designio de amor; queridos *enfermos*, cooperad en el plan divino de la salvación con el ofrecimiento diario de vuestro sufrimiento; y vosotros, queridos *recién casados*, sabed transmitir la fuerza de la redención en vuestra vida conyugal y en la misión de padres.